

desviándose del paralelo de la Isla de Hierro, por donde procurara dirigir siempre su rumbo, y yéndose por la cuarta del Sur. Bien es verdad que, conforme iban los mediados de Octubre acercándose, iban también los pajarillos en bandadas corriendo á las carabelas, y conforme iban corriendo á las carabelas, iban despertando esperanzas de tierras próximas en los ánimos. Pinzón mostró al capitán que precisaba, no solamente seguir el curso de las estrellas por los cielos, sino seguir también el vuelo de las aves por los aires, como hicieran los portugueses, quienes, á virtud de tal proceder encontraron los territorios recogidos en el común acervo de sus innumerables dominios. Por manera que las avecillas, no solamente acompañaban al marino en la soledad infinita del Océano y regocijaban la vista con los colores de sus plumas y henchían los aires con el coro de sus gorjeos, sino que, verdaderos guías y pilotos, iban precediendo, á manera de los ángeles en los relatos bíblicos, á los peregrinos aquellos, renovadores de la Naturaleza; y sembraban á una con sus nerviosas agitaciones y con sus cantos no aprendidos, por doquier, algo parecido á los rezos murmurados por Colón sobre su nave al aguardado anuncio de tierra.

CAPÍTULO XX.

!!! TIERRA !!!



RA la tarde del 11 de Octubre de 1492. Precisaba, en vista de todo, pues, aparejar y apercibir las ordenanzas y disposiciones conducentes al próximo desembarco. El Almirante las traía muy pensadas, pues ni un minuto dudó en quince consecutivos años del cumplimiento de sus previsiones y de la verificación de sus proyectos. Comenzó en aquel momento revelador por sondear, y encontró fondo, bien al revés de antes, que flotaba sobre un mar insondable. Miró los celajes, y columbró en las nubes, tan escudriñadas por los avizores ojos del marino experto, correspondencias misteriosas con costas y riberas indudablemente cercanas. Unió á estas observaciones la observación de los vientos, muy tranquilizadores, puesto que soplaban de todas partes con suma variedad; y en esta variedad traían avisos múltiples de las sinuosidades ingénitas á la parte firme del planeta, en contraposición á la acuosa, que tan constante uniformidad presta con la uniformidad propia de sus senos al curso de los vientos. Así ordenó que bajasen las velas en cuanto les diera para ello la próxima orden; y, acercándose á la capitana en lo posible, quedasen al paio con ella. Insistió en el mandato de cerciorarse mucho del encuentro cercano con la

tierra firme antes de atreverse á gritarlo, y juntó bagatela tan gentil como un jubón de raso, con el premio en oro decretado por los Reyes al primer anuncio del feliz encuentro. Como la línea se compone de puntos, y el tiempo de instantes, y el mar y el cielo de átomos, la invención del Nuevo Mundo debía componerse de invenciones en series muy graduadas y medidas como por una previa sistematización consciente y un previo plan reflexivo. De haber continuado Colón la rota dispuesta por él desde que zarpara de la Isla de Hierro, topa su nave con el territorio llamado la Florida hoy, es decir, con el continente; á lo menos con isla de grandor casi continental, como Cuba; pero en la desviación propuesta por los Pinzones, y admitida por él á última hora, estaba llamado á dar con un islote muy hermoso de aspecto, pero diminuto y baladí si lo parangonamos con el inmenso mundo, en cuyos mares navegaban ya. Mas no adelantemos los hechos, y ciñamos las narraciones históricas á la sucesión de sus enlaces lógicos en el tiempo. Á cada minuto sobrevenia una revelación. Cierta solitaria tórtola llegó revoloteando, una tórtola semidoméstica. Imaginaos lo que revelaba el animalejo. Al ver su plumaje sedoso y al oír su arrullo elegiaco, los navegantes debieron acordarse de las viudeces del alma en cada cual, y ver las mujeres amadas en la tristeza del abandono, como aquella tórtola, y los pequeñuelos acostados en sus cunas, como las avecillas en sus nidos. Tal ave poética, en quien ha querido simbolizar la poesía un afecto de suyo tan indispensable á la vida como la fidelidad conyugal, despertaría en la mente de Colón el recuerdo de D.^a Beatriz, tan querida, causa primera quizá de su larga estancia en España, y vería junto á ella, tras las rejas y celosías de Córdoba, festoneadas por azahares y jazmines, los dos amados hijos, cuyo bien y cuya prosperidad entraban por mucho en los móviles determinantes de la peligrosísima empresa. Tras la tórtola vió también Colón desde la *Santa María* un junco verde, y en el junco verde una marisma ó lago campestre, y en la marisma ó lago campestre

las riberas próximas, componentes de tierra firme. Pues así como la tripulación del barco almirante viera un junco, la tripulación del barco *Niña* vió un espino, uno de esos espinos que parecen coronas en los setos y ribazos andaluces, cargado todo él de majuelas maduras, que parecían corales por su purpúreo lustre. Pero la más afortunada entre todas las carabelas fué sin duda la *Pinta*, que dió con un objeto, demostrativo de la existencia de seres humanos en la inmediación y en el costeo de aquellas inmensas aguas extendidas ante los exploradores, tan suspensos de todo aquello que á su alrededor pasaba y tan atentos á todas las revelaciones ofrecidas por el espacio que recorrían. Y así vieron flotar un tronco, el cual parecía por humana industria de grandes árboles arrancado con instrumentos análogos á los usuales en Europa, indicio seguro de una tierra próxima poblada por una sociedad madura. Al verlo, echáronle como á un pez la red y en las mallas de ésta lo arrastraron á bordo. Estaba primorosamente trabajado, y este trabajo servía de indicio seguro al cumplimiento del feliz hallazgo y al encuentro con la requerida tierra. Comunicáronle á Colón el indicio, y tal nueva le sumergió en íntimas y secretas consideraciones, tanto respecto de su gloria, como respecto de su responsabilidad. Lauros para su frente, fama para su nombre, tierras para sus Monarcas, lucro para su hacienda, nobleza y bienestar para sus hijos; en el Océano Almirante; Visorrey en tierra; próximo á disponer de riquezas y ejércitos que le permitiesen recabar el Santo Sepulcro, perdido para siempre tras cuatrocientos años de luchas titánicas, vería el descubridor; pero si comparaba todas estas ventajas con todos los desvelos y todos los amargores anejos á su deseado goce, ¡ah! sentiría en su triunfo un dolor más agudo y más acerbo acaso que todos los sentidos en sus contrariedades y en sus desalientos.

Así, en cuanto ya estuvo cerciorado por completo de que andaba cerca de tierra, se apercibió á recluirse dentro de su camarote y comunicarse con sus internos é íntimos pensamientos,

sugeridos por el cambio radical próximo en una vida como la suya, larga y proveya. Pero antes rezó. El crepúsculo vespertino tiñó con líneas rojas los bordes occidentales, donde se besan mar y cielo. Brisas misteriosas trajéronle al recuerdo el eco de la campana despertando el rezo del Avemaría, sugerido por las lenguas de bronce á todos los fieles del orbe católico, al borrarse los encendidos arreboles del ocaso y brillar los relucientes luceros por las desiertas alturas. En parte ninguna toma el culto á María los poéticos tintes que le presta el mar. Como se halla el marino tan abandonado en las procelosas aguas, juguete, cual desarraigado leño, de los contrarios vientos, por los torbellinos amenazado siempre, con el aullido de las voraces olas en sus orejas y el abismo insondable bajo sus pies, acógese al manto que abriga la orfandad, al manto de María, como el niño se agarra en sus lloros y en sus contrariedades á las vestiduras de su pródiga y amada madre. ¡Cuál consuelo ver entre las opaladas aguas y los horizontes rojizos, cuando los últimos rayos del sol inflaman las nubes del ocaso y los rayos primeros de la luna blanquean y argentan el Oriente, á la Virgen, deslizándose amorosa entre los esmaltes de las brisas y los esmaltes de las olas, con su manto celeste á los hombros, la vestidura blanca ceñida por todo el cuerpo, á sus pies la esfera del mundo, sobre sus cabellos la corona de astros, bajo las alas del divino espíritu, sobre los anillos de la tentadora serpiente, circuida del éter increado, absorta en la incomunicable audición de los coros angélicos, los ojos en éxtasis, el Hijo en los brazos, henchido de amor el pecho, como un iris de paz alzado entre la criatura y el Creador, para desenojar las iras del cielo é interceder por los pecadores del mundo! *Ave maris stella*, gritan á una las olas en las letanías sin fin que les presta la piedad sin igual del marino; y á María consagran los pueblos marineros las blancas ermitas puestas sobre las cumbres que primero se ven á la vuelta, que más tarde, á la ida, se pierden cual faros espirituales alimentados por el místico aceite de las oraciones que reciben y bendecidos por

las reliquias y por las ofrendas y por los exvotos que guardan. Así, el poeta de la duda en este nuestro siglo, aquel poeta, cuya inspiración tenía, como el espíritu de sus progenitores normando-sajones, vuelos de esas aves marinas que lanzan gritos agoreros, al volver una tarde primaveral desde las aguas del veneciano Lido á las aguas del interior lago, jaspeadas todas por trémulos iris de luminosas refracciones, parecidas á superficies y facetas de multicolores cristales; como las campanas de Venecia tocasen al Avemaría del anochecer, comprendió la devoción de los marineros á la Madre del Verbo, y unió su voz al coro universal que las almas conscientes y las cosas inconscientes le consagraban á una en aquellas cristalizaciones de las ideas y eteridades de la materia que genera de continuo el sentimiento religioso. Pues la Salve de Colón, á la hora de contemplar el crepúsculo precedente á su milagroso hallazgo, acompañada por la robusta voz de aquellos marinos, confundida con los rumores oceánicos, debía tener un acento y una fuerza de atracción tales, que como gigantesco imán atrajese, de haberse hallado lejos, por intercesión de María, los escollos anteriores al Nuevo Mundo, en torno de su bendita carabela.

Después de rezar Colón, encerrado ya en su cámara, y dentro de su cámara en sí mismo encerrado, con ánimo de mirar cara á cara los próximos instantes de su vida, ¡cómo el corazón palparía en su pecho y en su cabeza latirían las sienas! El triste loco de atar hallábase próximo á trocarse, por el encuentro de unos escollos, tan buscados y requeridos, en una especie de dios. Pocos hombres bajaron las gradas que Colón, en el aprecio universal, durante las dos primeras partes de su vida; ni subieron las gradas que Colón después de muerto. Su Calvario y su Tabor se tocan. De los menosprecios pasó á las idolatrías; de reído á glorificado. Natural nos parece que tuviera en el minuto sublime de lograrlo todo, una satisfacción indecible, pensando cómo iba pronto á vengarse de todos. Facultad en él culminante, la imaginación; carácter, el genio; virtud, la